

DECIMA SEXTA CONFERENCIA.

EL MESIAS DE LA MEDICINA.

En el reinado de Sajonia, no lejos de Dresde, existe la pequeña ciudad de Meissen, situada en la confluencia del Elba y del Meissa; tiene la gloria de haber visto nacer á dos familias célebres, en los anales de la literatura y de la ciencia.

La primera de estas familias, es la de Schlegel.

El primogénito, Elías, obtuvo por sus obras, un rango honorable entre los poetas alemanes. Su sobrino Agustín-Guillermo, se distinguió por sus obras literarias, y se atrajo la atención de Mme. Stael, de Goethe y de Schiller. En fin, Federico se hizo notar, no solamente por sus trabajos históricos, sino también por sus poesías patrióti-

cas. Las que compuso durante la invasión de los franceses en la Germania, le merecieron el sobre nombre del «Tirteo de la Alemania.»

La otra familia es la de Hahnemann; y, bajo este aspecto, la pequeña Meissen será tan célebre como el pequeño rincón del mar Egeo que se gloria de haber visto nacer al inmortal Hipócrates.

En ese tiempo, es decir, hacia el año 1755, vivía en Meissen un pintor en porcelana, llamado Cristiano-Godofredo Hahnemann. Empleado en una de las numerosas fábricas de esta pequeña ciudad, este obreiro vivió del fruto de su trabajo. Nunca conoció la pobreza, pero tampoco la opulencia.

Toda su riqueza fué un hijo que Dios le envió este año, y que fué para él, primero, el objeto de una nueva solicitud, pero, después, el origen del más dulce consuelo.

A este niño se le llamó SAMUEL CRISTIANO FEDERICO HAHNEMANN. Nació el 11 de Abril de 1755.

Casi siempre los destellos de los primeros años presagian el medio día y la noche de nuestra existencia. El niño predice al hombre, como la flor predice al fruto.

Desde muy temprano el joven Samuel indicó lo que serían, más tarde, su carácter y su espíritu. Desde luego mostró poca inclinación á los juegos de su edad; era como esos niños, á los que se les reprocha demasiada seriedad en sus maneras y en su talante.

La dulzura de su carácter encantaba á su familia, la bondad de su corazón radiaba en sus pequeñas relaciones, y, cuando estaba solo, se le veía presa del amor del estudio:

Franquemos su infancia.

Samuel Hahnemann entró en su duodécimo año, y su espíritu comenzó á pedir una parte más grande de nutrición científica. Entonces se presentó á la escuela provincial, en la que su actividad tomó mayor incremento.

De una mirada, el doctor Mu-

ller, director de esta escuela, adivinó las cualidades y tendencias de su nuevo discípulo. Por lo que le dejó enteramente libre, para no contrariar su atracción particular, en la elección de sus lecturas, libre en la distribución de su tiempo, y libre, en todos los detalles de su conducta.

La primera condición del desarrollo del genio, es la libertad. El doctor Muller, debió felicitarle muy á menudo, de haber sabido comprender la atracción de Hahnemann, y haber libertado de los lazos de todo reglamento, á aquél que, más tarde, debía romper el nudo de las viejas preocupaciones.

Sin embargo, la edad avanzaba, y como todos los padres, vió G. Hahnemann en su hijo, á un sucesor de su trabajo, y á un sostén en sus ancianos días.

¡Abrir una carrera liberal á Samuel! nunca el pobre padre pensó en ello. Para esto, era necesario ser rico, y él no lo era. Un día, decretó para sí, entre su paleta y su pincel, que su hijo sabía lo bastante para trabajar en su taller, y ser, como él, pintor en porcelana.

Pero los padres proponen y la Providencia dispone.

Por esto, Galeno no fué Arquitecto, como su padre Nicon; por esto, Barthez no fué, como su padre, Ingeniero en puentes y calza-

das; por esto el célebre médico de Napoleón I, nacido dos meses antes que Hahnemann, no fué Procurador, como su padre Corvisart.

El doctor Muller, se convirtió en la providencia del joven Samuel; se opuso con todas sus fuerzas á las resoluciones de su padre, y para fecundar el germen del genio, que él había entrevisto en las disposiciones del niño, se encargó de proveer á los gastos que debían ocasionar sus estudios.

En esta nueva atmósfera, la inteligencia del joven se desarrolló rápidamente; tan rápidamente, que á la edad de catorce años, pudo reemplazar al profesor de griego en sus lecciones.

Pasemos por alto los detalles, — llegó un momento en el que, el discípulo predestinado, terminó, sus estudios superiores, y en el que, debía lanzarse en una carrera liberal. — Eligió la medicina. Su inclinación lo llevaba á esta ciencia: la abrazó con ardor. Partió entonces para Leipsick en 1775, llevando en su bolsillo veinte ducados, que su padre le dió, sintiendo no poder enviarle más; esto es todo lo que pudo recojer de su caja agotada.

¡Veinte ducados! es decir, un poco más de doscientos francos! es decir, lo preciso para tener el tiempo y el derecho de respirar algu-

nos días, el aire de una nueva existencia! Es decir, ni lo suficiente para comprar los primeros frutos de independencia que todo bachiller se pone en la boca, al llegar á una Facultad.

Hahnemann hubiera podido decir, como el filósofo de Priena, que llevaba todos sus bienes consigo, porque su bagaje y todos sus recursos consistían en saber el griego, el latín, el italiano, el francés y el inglés. Hé aquí el campo que le suministró durante dos años. Tradujo al alemán obras inglesas y francesas, y este trabajo, si no le hacía vivir con holgura, le impidió al menos morir de hambre.

Pero ¿cómo hacer frente á la vez á las exigencias de la vida material, y á la de los estudios médicos? Hahnemann piensa enriquecer el presupuesto de sus minutos, aumentando al día las horas de la noche. Vela cada tercer día, y para alargar su vida y sus trabajos, emplea todos los medios de lucha contra la fatiga y contra el sueño.

«Aquellos, — dice uno de sus biógrafos, — que al ver fumar casi incesantemente al viejo doctor, no han podido menos de observar maliciosamente que él proscribiera el uso del tabaco, deberían recordar que el pobre estudiante, que esperaba del trabajo de la noche su pan del día siguiente, estaba

«obligado á buscar en el hábito de la pipa un medio de vencer al sueño durante sus laboriosas vigili-
lias.»

Quiera el cielo que todos los estudiantes, al retirarse de las Facultades, pudieran reprocharse, como Hahnemann, el no haber cultivado, en el jardín de las distracciones, más que la planta del tabaco!

¿Acaso no fué para su bien que la Providencia rehusó las riquezas al joven Samuel? Haced rico á ese joven de veinte años, dadle el poder de comprar todos los placeres, dadle bastante oro para ahogar, en su torrente, su vida, su tiempo y su inteligencia, y respondedme después de su porvenir! ¡A cuántos grandes hombres ha formado la pobreza! ¡A cuantos grandes hombres han sofocado las riquezas! El estudiante pobre, trabaja, y el que de esta manera adquiere el hábito del trabajo, termina siempre por triunfar de las olas de la desgracia, y llega al punto que le ha designado la Providencia.

Samuel tenía veintidós años cuando abandonó á Leipsick, pero su bolsillo muy vacío no fué suficiente contra las eventualidades. En tal virtud, al cabo de nueve años partió de esta ciudad, y fué á ver si en Hungría la fortuna le era más propicia. En efecto, llegado á

Leopoldstat, fué sostenido por la protección del arquiatra J. Quarin, y fué autorizado para asistir al hospital de los monjes, y á ejercer la medicina en la ciudad.

Algún tiempo después, un favor inesperado le llamó á Hermannstadt. El Gobernador de Transilvania le ofreció, en esta ciudad, á la vez una plaza de bibliotecario y de médico privado.

Hahnemann sacó provecho de su nueva posición, para la cultura de su inteligencia. Se formó rápidamente numerosas relaciones y bien pronto el viento del favor le empujó sobre las olas de una numerosa clientela.

Pero si la protección de un gran señor, puede saturar al amor propio de un espíritu vulgar; si aún, en ciertas circunstancias, puede servir de diploma, ante Hahnemann perdió su prestigio y toda su altura. El estudiante se sintió llamado á cosas más grandes. El debió entonces por la primera vez, oír la voz de su genio.

Partió pues de Hermannstadt en 1779, y fué á Erlangen, en donde presentó y sostuvo su tesis inaugural, y fué recibido doctor el 10 de Agosto de ese año.

Aquí comienza para el joven doctor, un nuevo período de sus emigraciones. Cuando, hubo recibido

su título, fué sucesivamente á varias comarcas, dejándose conducir por el impulso de circunstancias caprichosas. Permaneció algún tiempo en Hettstadt y en Dessau, en donde se entregó casi exclusivamente al estudio de la química.

Ya haría diez y seis años que Hahnemann hacía sus peregrinaciones en los campos de la clientela. Se fijó un día en Gommern, cerca de Magdeburgo, y allí en breve, se casó con la hija de un farmacéutico, llamada Enriqueta Kuchler. Al cabo de dos años, vino á Dresde, en donde halló numerosos amigos. Entró en la intimidad de las personas más influyentes, se formó una brillante clientela, y obtuvo el afecto del doctor Wagner, primer médico de la ciudad, quien, para descansar de una larga enfermedad, le confió, con el asentimiento del magistrado, las funciones de médico en jefe de los hospitales.

Rodeado de circunstancias tan favorables, Hahnemann no hizo más que progresar, en la vía del éxito. Pero nunca, sus numerosas ocupaciones clínicas, le impidieron entregarse á los trabajos del gabinete.

La crítica ha osado reprobarle el no saber química. Y fué por esa época, con intervalo de cuatro ó cinco años, cuando publicó una do-

cena de opúsculos que presuponen todos los grandes conocimientos de la Química, de la Física y de la Historia Natural.

Entonces, y durante sus experiencias químicas, fué cuando descubrió los nuevos medios para comprobar las falsificaciones de los vinos, lo mismo que los envenenamientos por el arsénico. Entonces también, fué cuando descubrió su precipitado mercurial, que tanto la Alopátia como la Homeopatía emplean bajo el nombre de «mercurio soluble» de Hahnemann. ¡Y se ha osado reprocharle el no saber química! Pero se han levantado contra él, acusaciones mucho más injustas; ya lo veréis.

Sin embargo, la reputación del joven doctor crecía diariamente. Todos los días la fortuna le concedía más amplios favores, y ya había salido de los senderos frecuentados por las inteligencias ordinarias. Llamado en 1791 por la sociedad académica de Leipsick y por la Academia de ciencias de Mayence, volvió á esta primera ciudad, en la que había hecho sus primeros estudios serios.

Si recordamos con una dulce emoción, las circunstancias dichas de nuestra vida, esta emoción se hace mucho más notable, cuando se presentan á nuestro recuerdo, las horas de penas y sufrimien-

tos. ¡Cuánto perfume encierran las tribulaciones para el corazón! ¡Qué encanto encierran para el porvenir las pruebas del pasado! Recordad el discurso del héroe Troyano á sus compañeros, para levantar su valor, y fortificar á su alma contra las desgracias.

..... «Forsan et hoec olim meminisse juvabit.»

De este hemistiquio, corren torrentes de persuasión y de esperanza.

«Algún día estos recuerdos tendrán encantos para vosotros.»

Hahnemann volvió á Leipsick. Esta ciudad, encierra una pequeña pieza que, en otro tiempo fué testigo de las luchas del joven, contra la mala fortuna; una pequeña pieza, cuyas paredes han sido depositarias de secretos muy amargos. Hoy, Hahnemann tampoco posee fortuna, pero posee una reputación inmensa, y amigos en las más elevadas regiones de la atmósfera social. Ya no es el joven estudiante obscuro y desdichado, es el genio hecho hombre, adoptado desde hace poco, por ese dios caprichoso, que se llama el Destino, y que le había maltratado hasta ese día.

¡Qué contraste entre el pasado y el presente!

¿Qué va á ser ahora el joven doctor?..... ¿Va á consagrar todo

su celo al cultivo de una vasta clientela? ¿Va á regar con sus sudores al árbol de la fortuna que da por frutos las riquezas y los honores? ¿Va á lanzarse á la vía árida que lleva á las cátedras de las Facultades?

¡No!.....

Ya se elevó muy alto en el horizonte de las ciencias médicas, en donde no vió pronto más que vanidad. Penetró demasiado en el santuario hipocrático; ahí vió lo bastante, todos los vientos de los sistemas que se chocan, se rompen y desaparecen, cediendo diariamente el lugar á los nuevos, más ambiciosos; y por esta razón sale de ese templo, rompiendo á su antiguo ídolo, y ya no teniendo fe.

Hahnemann ya no cree en la medicina, la abandona; deja los senderos de la práctica, y en medio de las olas de la ciencia médica, plega su vela y arroja el áncla, para permanecer estacionario en su incredulidad.

Al tomar esta determinación, el joven doctor, obedece á la voz de su conciencia, y ese mismo día, acerca sus labios á la copa de las tribulaciones, y toma su asiento, en el triste banquete de los predestinados.

Desde ese día, toda felicidad le abandona, y los cuidados, la mise-

ria y la pobreza no tardaron en llamar á la puerta de su hogar.

Hahnemann había tenido de Enriqueta Kuchler varios hijos. Fué una familia numerosa, mucho más numerosa, sobre todo, para el que no es rico. Y ahora ¿qué fuente le va á calmar cuando ella tenga sed? ¿Qué cosecha va á alimentarla cuando tenga hambre?

Parece que el Génió, ya sea el de Newton ó el de Arquimides, no sabe hacer semejantes cálculos.

El padre se entregó al trabajo para alimentar á sus hijos, y comenzó de nuevo su antiguo oficio de traductor; de esta manera es como sacó el pan para sus hijos y el consuelo de su espíritu. En esta época publicó todavía algunos opúsculos, fruto de sus vigiliás y de sus constantes investigaciones.

Cuando las desgracias de la vida llegan á asaltarnos, queremos más á los parientes y á los amigos para ayudarnos á soportarlas. Hahnemann no tuvo este consuelo; sus amigos no comprendiéndolo, le habían abandonado. Quedó sólo, atacado por la desgracia, pero nunca por el desaliento.

Mas, diariamente á una pena sucede otra pena; el sufrimiento viene á visitar la habitación de aquel que ya no quería ser médico; sus hijos son atacados de graves enfermedades.

Figuraos á un médico, habiendo practicado durante ocho años la medicina, y renunciando después, porque él no creía en ella, y renunciando en el momento en que sufren sus hijos, arrojando su arma en el momento en que le es preciso combatir á los enemigos que vienen á atacar á su familia.

En ese momento de mortal angustia, en ese momento de una solemne aspiración del socorro divino prefiero callarme; quiero mejor mostraros á Hahnemann solo, sumergido en sus profundas meditaciones, y elevando su oración ardiente al Dios del consuelo y de la verdad. ¡Ved á un médico en su recogimiento, ved al padre en su amor, ved á sus pensamientos elevándose al Cielo!

«¿En dónde hallar socorros ciertos? Por doquiera en mi derredor tinieblas y desierto. ¡Nada de alivio para mi corazón oprimido!»

«Ocho años de práctica ejercida con la atención más escrupulosa, me han hecho conocer la nada de los métodos curativos ordinarios. Demasiado sé, por mi triste experiencia, lo que se debe esperar de los preceptos de los más grandes maestros.

«Sin embargo, tal vez está en la naturaleza de la medicina, como ya lo han dicho muchos grandes

«hombres, el no poder elevarse á un grado mayor de certidumbre.

«¡Blasfemia! ¡Idea vergonzosa!... ¡Qué! la sabiduría infinita del Espíritu que anima el universo, no habrá podido producir los medios de mitigar los sufrimientos causados por las enfermedades, á las que ella ha permitido vengán á affligir á los hombres!

«La soberana bondad paternal de Aquel á quien ningún nombre podría designar de una manera digna de El, que provee largamente hasta á las necesidades de los animales invisibles para nosotros, que derrama con profusión la vida y el bienestar en toda la creación, sería capaz de un acto tiránico, y no hubiera querido que el hombre hecho á su imagen y semejanza pudiese, con el soplo divino que le penetra y le anima, hallar en la inmensidad de las cosas creadas, los medios adecuados para desembarazar á sus hermanas de sufrimientos frecuentemente peores que la misma muerte! ¡El, el Padre de todo lo que existe, vería con sangre fría el martirio al que las enfermedades condenan á la más querida de sus criaturas, y no hubiera permitido al genio del hombre, quien sin embargo hace todo lo posible, hallar una manera fácil y segura de considerar á las enfermedades

«bajo su verdadero punto de vista, y de interrogar á los medicamentos para llegar á saber en qué caso cada uno de ellos puede ser útil, para suministrar un socorro real y seguro!

«Renunciaría á todos los sistemas del mundo antes que admitir semejante blasfemia.

«¡No! Hay un Dios, un Dios bueno, que es la Bondad y la Sabiduría mismas. Entonces, debe haber también, un medio creado por El, de considerar á las enfermedades, bajo su verdadero punto de vista, y de curarlas con certeza; un medio que no esté oculto en las abstracciones sin fin, y en las hipótesis puramente imaginarias.

«¿Mas, por qué ese medio no se ha encontrado desde hace veinte ó veinticinco siglos, que hay hombres que se dicen médicos?

«Porque estaba demasiado cerca y era demasiado fácil, porque no era preciso para llegar á él, ni brillantes sofismas, ni seductoras hipótesis.

«¡Bien! Puesto que debe haber un medio seguro y cierto de curar, como hay un Dios, el más sabio y el mejor de los seres, abandonaré el campo ingrato de las explicaciones ontológicas, ya no escucharé las opiniones arbitrarias, con cualquier arte que ellas

“hayan sido reducidas á sistemas, ya no me inclinaré ante la autoridad de los nombres célebres, pero buscaré muy cerca de mí, en donde deba estar, ese medio, en el que nadie ha pensado, porque será muy sencillo, porque no parecerá bastante sabio, porque no estará rodeado de coronas para los maestros en el arte de construir hipótesis y abstracciones escolásticas.”

Hahnemann acaba de recibir la chispa de la inspiración divina. El buscará, y él hallará..... Está escrito allá Arriba.

“He aquí, dice, la manera como entré en esta vía nueva: Pensé, tú debes observar la manera como obran los medicamentos en el cuerpo del hombre, cuando se encuentra en el estado tranquilo de la salud. Entonces, los cambios que ellos determinan, no tienen lugar en vano, y deben ciertamente significar alguna cosa; porque sin esto, ¿por qué se operarían? Quizá esta es la única lengua, en la que ellos pueden expresar al observador, el objeto de su existencia.”

Y este pensamiento, tan sencillo y profundo, comenzó á fomentarse en la cabeza del futuro reformador. Pues bien, un día, traduciendo la «Materia médica» de Cullen, en el artículo «quina,»

Hahnemann observó los esfuerzos inútiles que hacía la ciencia para explicar la acción de este medicamento tan rico y tan frecuentemente empleado. Lamentó los vanos sistemas inventados hasta hoy, para descubrir la virtud febrífuga de esta substancia. ¡Ni un sólo rayo de luz para alumbrar el abismo de esta cuestión, sin embargo tan sencilla!

Su partido está tomado. Hahnemann va á llevar la antorcha á esas viejas tinieblas, y es sobre él mismo en el que va á hacer la primera experiencia, destinada á sondear el misterio.

Durante varios días se administra la quina. Su constitución es perfecta, su crisol fisiológico no puede defraudar á sus experiencias, él espera.

Un día estalla un verdadero acceso de fiebre. Primero es el frío, después el calor, después el sudor, en una palabra, los tres estados de un acceso de fiebre se dibujan en su más pura manifestación.

Ante este hecho, Hahnemann ve levantarse delante el fantasma de la duda. Semejante al ciego operado por el ilustre Cheselden, se desvaneció con la luz súbita de la verdad. Temiendo entonces ser el juguete de alguna perversa ilusión, se apresura á comunicar su observación á sus co-

legas, y les pide humildemente la interpretación. Unos le tratan de visionario, otros están seguros de que él está engañado, atribuyendo á la quina una fiebre, debida, sin duda, á otra causa. ¿En Francia, qué hubieran dicho nuestros académicos? Todo lo hubieran atribuido al azar de la locura.

¿Qué hacer en un dédalo tan obscuro, y cuál es el mejor remedio para salir de él?

Este medio es muy sencillo. Hahnemann repite su experiencia..... El mismo resultado. La repite varias veces en algunas personas adictas, y en las mejores condiciones..... El mismo resultado.

El hecho es entonces muy claro, muy seguro, muy verdadero. La quina no goza del poder de curar las fiebres, sino porque posee el de engendrarlas.

Sí, hé aquí un hecho, pero de un hecho particular á la generalización de un principio, hay todavía un abismo. Un principio no puede descansar sobre alguna excepción caprichosa; es preciso para su proclamación un conjunto de hechos evidentes.

Hahnemann vá á salvar este abismo. Está dado el impulso, el salto será fácil.

Somete, entonces, al testimonio de la experimentación en los hom-

bres sanos, á los medicamentos más conocidos, y más generalmente empleados, como: el azufre, el mercurio, la belladona, la nuez vómica, etc., y siempre ese testimonio viene á confirmar la verdad del primer hecho.

Ahora, el genio ya no duda, sus ojos se han acostumbrado á la luz de la verdad. Como el antiguo legislador de los Hebreos, Hahnemann hirió sobre la roca de la medicina, y ha brotado el manantial de la verdadera doctrina.

Después de haber interrogado á la experimentación en el hombre sano, debía interrogar á la experiencia en el hombre enfermo, y ésto, fué lo que hizo. Aplicó á los niños y á otras personas la teoría de los semejantes, y tuvo la fortuna de curarlas.

Desde este momento Hahnemann levó el ancla que en otro tiempo había arrojado sobre las rocas de la incredulidad, y se embarcó en el navío de la experimentación pura, para ir al descubrimiento de su nuevo mundo médico.

Por medio de la experimentación en el hombre sano, dibujó la fisonomía sintomática de muchos medicamentos; unos totalmente desconocidos en la práctica, y otros, empleados solamente por el ciego empirismo.

En el año de 1800 una terrible epidemia que asoló á una gran parte de Alemania, favoreció los descubrimientos parciales de Hahnemann. Experimentando la belladona, vió que este medicamento producía síntomas absolutamente semejantes á esta enfermedad epidémica; inmediatamente tuvo la idea de tratar á ésta por la belladona, y los resultados excedieron á sus esperanzas. Una especie de intuición le aconsejó en seguida, el dar á varias personas este remedio á título de preservativo del azote, y fué bastante dichoso en comprobar, por la experiencia, que todas esas personas habían sido respetadas de la invasión epidémica.

El adquirió, por esto, la certidumbre de que la belladona es el preservativo de la escarlatina, con el mismo título que el virus vacuno es el preservativo de la viruela.

Los médicos alópatas, á pesar de todo su desdén por nuestra doctrina, no han dejado de apoderarse de este descubrimiento, y de sacarle provecho.

Cuando Hahnemann quiso manejar, por la primera vez, las palancas de la nueva máquina que iba á poner en marcha sobre el riel del progreso; procedió con la más sabia prudencia. En sus primeros ensayos no dejó de rodearse de

todas las precauciones más minuciosas. Por tanto, ya dando remedios á hombres sanos, ó ya administrándolos á los enfermos, no empleó primero esos remedios, sino en dosis muy pequeñas, á fin de evitar grandes desórdenes fisiológicos, ó agravaciones patológicas, demasiado estrepitosas. No empleaba, pues, sino dosis débiles y tenues, como aquellas de que se sirven los alópatas cuando administran sustancias venenosas, como el ácido arsenioso, la atropina, la morfina, la estriquina, etc.

Pero, bien pronto se apercibió Hahnemann de que, á pesar de esta precaución, las dosis frecuentemente fatigaban á los enfermos, y producían aun agravaciones demasiado violentas que él quería evitar. Por tal razón, disminuyó esas dosis, y de nuevo obtuvo las mismas perturbaciones vitales.

Llegó entonces, por la fuerza y el impulso de la observación, á no dar sino dosis debilitadas, y es la necesidad de una exactitud rigurosa, en la apreciación de las cantidades que él quería crear, la que le sugirió la idea de mezclar una gota de la «tintura madre» con alcohol para las sustancias solubles, y someter á las insolubles al procedimiento de la trituración. En una palabra, descubrió el mecanismo de la dinamización de los

medicamentos, haciéndolos pasar por los grados infinitos de la divisibilidad de la materia.

Ya os he expuesto todos los detalles de esas diluciones en una Conferencia, por lo que estoy dispensado de volver á este asunto.

Hé aquí de qué manera Hahnemann descubrió las dosis infinitesimales, los glóbulos, de los que se ríe y de los que se burla la gente sin comprenderlos. Se apercibió de que los medicamentos así preparados adquirirían propiedades nuevas y hasta entonces desconocidas.

¿En qué enseñanza descansa entonces, la verdad de las dosis infinitesimales? En la experiencia y en la observación. No es Hahnemann quien ha hecho este descubrimiento; la experiencia y la observación son quienes lo han revelado. ¿Cómo pues los incrédulos pueden obstinarse en negar una enseñanza tan solemne? ¡Sólo un ciego, es capaz de negar al Sol!

El padre de la nueva doctrina médica, abandonó entonces la vía de las antiguas teorías, y, sofocando del todo al «especificismo», vió que cada caso morbosos se manifestaba en su forma individual, y que cada medicamento afectaba también, una forma característica. Desechando entonces, todas las vanas clasificaciones tradicionales, reconoció y proclamó, en patolo-

gía, la descentralización, y el individualismo más absoluto.

Hé aquí, á los elementos de la doctrina médica, á la que Hahnemann dió el nombre de «Homeopatía», palabra cuya etimología ya os di, en nuestras primeras conferencias.

Hé aquí, los cuatro elementos de nuestra doctrina; elementos constitutivos, que engendran á todos los principios secundarios, teóricos y prácticos. Tomad, si queréis, la posición de una persona que se orienta en una carta geográfica. Al norte colocad el principio de los «semejantes». La brújula debe siempre dirigir al práctico hacia el polo, la aguja de la clínica debe siempre indicarle ese punto y ese fin.

Colocad al SUR á la «experimentación pura», al ESTE al «dinamismo» de los medicamentos, y al OESTE á la «individualización» de los casos morbosos, y así tendréis, los cuatro puntos cardinales de la Homeopatía.

Si, después de haber descubierto su doctrina inmortal, Hahnemann hubiera sido llamado por la muerte, no se hubiera llevado su secreto á la tumba, porque se hizo un escrúpulo de conciencia, descubrir sus ideas, y legarlas á la posteridad médica. Si, después de su descubrimiento, el fin de su vida